

## GLOSARIO

**L**A formación de una sociedad de escritores es una tarea llena de dificultades. Porque lo importante es no constituir una sociedad más, en la que presida un directorio compuesto de cuatro o más personas, sino formarla para que su destino se prolongue más allá de las circunstancias efímeras del momento. Importa prescindir de muchos prejuicios de escuela, olvidar las odiosidades, dejar de mano las arrogancias o los orgullos, a menudo, inconsistentes. Los que han asistido a la gestación de la *Sociedad de Escritores*, de reciente fundación, comprenden esto que decimos y conocen además las dificultades que ha sido preciso vencer y las susceptibilidades que ha sido necesario borrar para seguir adelante sin renunciar a la tarea.

El ambiente literario de Chile—creemos que es igual al de otros países hispanoamericanos—no es propicio a la formación de sociedades de esta naturaleza. Es más fácil la formación de grupos que se hacen la guerra. Suele ocurrir que tales grupos están apenas formados por tres o cuatro escritores; otros lo están por . . . uno solo. El individualismo agresivo de que siempre hemos dado muestra, alcanza no sólo a las organizaciones políticas, en las que todos aspiran a ser jefes, sino también a las organizaciones de carácter social. Las literarias no podían escapar a la regla. Decimos esto, porque para muchos, La Sociedad de Escritores, les resultaba un grupo más y no querían, por tanto, pertenecer a ella. Un error que felizmente ha sido eliminado después de conocer las finalidades de la Sociedad misma y el crecido número de adherentes.

Lo cierto es que en ningún momento es más urgente que ahora la unión de los escritores. Por encima de las escuelas y de las tendencias individuales, literarias, en las que la Sociedad no tiene ingerencia alguna, hay la suprema realidad de un destino común y de una defensa común frente a la incomprensión y a la hosti-

lidad del ambiente. Nunca ha existido en Chile, respeto por el escritor. Y no porque el escritor no fuera digno de él, sino porque la dispersión y el desconocimiento en que han vivido, unos respecto de otros, ha permitido la difusión de la especie de que el escritor era incapaz de realizar el ideal de la unión. En todas partes han sido desnucidos y explotados. Se les ha marcado con los más pintorescos nombres. Se ha hecho mofa de ellos. Se les ha desconocido en su labor. No debemos olvidar que más de alguno, ha llevado su vida, con prescindencia de toda dignidad; pero esos no formaban la mayoría. El burgués no analiza, no examina el fondo de las cosas. Por esto mismo ha hecho pagar a justos por pecadores. . . Y esto lo saben de sobra los escritores chilenos. La Sociedad de Escritores quiere, ante todo, la defensa del escritor contra una sociedad utilitaria y tioglodita que nunca ha querido saber nada del esfuerzo intelectual. Quiere que la profesión de las letras, profesión heroica, sea enaltecida y reconocida en toda su admirable grandeza. En Chile o mejor en América, el que toma una pluma en su mano, con la seriedad que el acto requiere y no para comerciar, se convierte en un santo o en un mártir. Esta es la verdad.

Por eso la tarea que *La Sociedad de Escritores* ha echado sobre sus hombros es digna de aplauso. No es tarea sencilla. Debe luchar contra los prejuicios de muchos de los escritores, primero y luego con los obstáculos que el medio colocará inevitablemente en su camino. Pero lleva como divisa, propósitos sinceros de cooperación, de defensa, de enaltecimiento, de solidaridad. Y esto basta para dar energía a tan bella empresa.



**E**L Suplemento semanal de *El Tiempo* de Bogotá ha consagrado, como homenaje, un número íntegro a Baldomero Sanín Cano, el ensayista más considerable de América hispana. La aparición del libro *Crítica y Arte*, colección de brillantes ensayos, justifica tal homenaje. La figura de Sanín Cano rebalsó desde hace tiempo las fronteras de su patria. Y es que en el escritor colombiano no se da como en otras mentalidades americanas, el fenómeno del estancamiento. En Sanín Cano hay una juventud permanente que le permite recorrer todos los climas espirituales y abordar todas las materias con un vigor siempre mozo. Sorprenden en él, además, la universalidad de los conocimientos, su profundo sentido de la cultura, que le ha permitido trazar ensayos de la magnitud de los consagrados a

Bernard Shaw e Ibsen, y un dominio perfecto de las ideas. En el libro que ha motivado el justiciero homenaje de El Suplemento de El Tiempo de Bogotá se han reunido, entre otros y fuera de los dos nombrados, los siguientes ensayos: *Aldous Huxley o la idolatría de la vida*; *Eugenio O'Neil o el predestinado*; *Fray Luis de León o el lirismo judaico*; *Miguel Cané o los hombres que hicieron Argentina*; *Guillermo Valencia o el Modernismo*, etc. En la segunda parte, ensayos cuyo título sólo es ya una magnífica definición: *Existe una literatura hispanoamericana?* *Nuevos rumbos de la biografía*; *Una Gran aventura: el Arte*; *La conciencia de una raza*, etc.

Por su parte, en el prólogo del Suplemento, se sintetiza de este modo la figura literaria del célebre ensayista:

«La cultura de Sanín Cano da la impresión casi física del Amazonas. A ella convergen, con el fácil y poderoso rodar de los ríos, no solamente el más copioso volumen de conocimientos estéticos y filosóficos, de lecturas prolijas y de reactivos mentales de la mayor audacia, sino también el aporte riquísimo de un temperamento de excepción que realiza en el Trópico la diversidad climática de las zonas templadas».

Firman los artículos de este Suplemento, escritores de la importancia de Pedro Henríquez Ureña, Jaime Barrera, Leopoldo Gil, Max Grillo, Alberto Gerchunoff, Francisco Contreras, Roberto F. Giusti, Felipe Lleras, Luis Araquistain, etc.



**LA Misión del Escritor** es un tópico de trascendental interés que apasiona hoy a todos los espíritus. ¿Debe el escritor ser un Narciso en permanente onanismo cerebral, mirándose vivir, sintiéndose genio porque ha perjeñado dos o tres cosillas con olor a colonia o jabón de rosas o debe penetrar en la corriente tumultuosa del tiempo y tomar la posición que corresponde a los hombres y no a los muñecos?

El Presidente de la Sociedad de Escritores Orientalistas, J. C. Mardrus pronunció no hace mucho en París en un banquete de escritores un discurso en el que puntualizó algunos de los aspectos de la misión del escritor. Dijo entre otras cosas:

«Sé que esta palabra—«revolucionario» había expresado en un acápite anterior—tan usada corre el peligro de servir de espantajo en ciertos medios; se que los que están a ración de la inteligencia, los precarios del entendimiento, se pasan repitiendo que el espíritu revolucionario es poco favorable al desarrollo del arte, a la expansión de las bellas letras y del humanismo, a la creación de obras maestras. Pero la historia nos prueba que el genio alcanza su

plenitud en la tempestad. Una de las épocas más violentas, el Renacimiento, vió florecer los grandes príncipes del espíritu: un Dante, un Shakespeare, un Leonardo, un Ariosto, un Montaigne, un Camoens, un Galileo, un Cervantes, un Erasmo, un Copernico y tantos otros, mientras el saqueo de Roma no hacía ni temblar las manos divinas de Miguel Angel. Poco más tarde nuestro Descartes meditaba su inmortal método bajo el vivac y en los campos, en medio de los azares de una vida aventurera. Es sabido asimismo, que durante la más fina civilización de nuestro orbe, el estado habitual de la antigua Atenas era el terror. La seguridad de los ciudadanos era bastante problemática y los más eminentes, a la menor denuncia eran llevados ante el más cruel de los tribunales demagógicos. Sócrates era condenado a beber la cicuta y Platón era vendido como esclavo en Siracusa. Y mientras fuera amenazaba el enemigo y se encendía la guerra civil, el demiurgo Esquilo recreaba el mundo mediterráneo, Fidias infundía vida a su Minerva, Praxiteles immortalizaba la sonrisa de Afrodita, los arquitectos ponían el último toque a la indestructible Acrópolis.

Los escritores padecerían una incurable estupidez si creyeran en el régimen de la olla llena, régimen de una intolerable vulgaridad. La quietud beata de la burguesía ha resultado mortal para la civilización. Termina ahora con la quiebra de los fetiches consagrados. Es por eso que debemos instaurar profundamente en los corazones el *espíritu revolucionario moderno* que no es, según la creencia de los simples, un complejo de motines sangrientos, de violencias, de incendios, de pavimentos levantados, de gases asfixiantes. A nosotros, escritores modernos, que aceptamos libremente la severa disciplina del trabajo con la pluma bien llevada, nos incumbe reemplazar una organización en estado de carencia por un orden nuevo científicamente establecido sobre bases de solidaridad y de cooperación universal.

No se nos oculta que vamos contra los mezquinos intereses de meros lacayos de la pluma que se pretenden escritores y no son más que dueños de casa, candidatos a la Academia, cazadores de condecoraciones, adulones de Ministros y parlamentarios. No nos preocupan. No es hora de vacilaciones, pues el tiempo de un mundo agónico ha comenzado».

Palabras, cuya profunda intención no tenemos para qué recalcar en esta América del conformismo y del asalto al presupuesto. . . .



**P**ARA nuestro próximo número anunciamos un interesante ensayo de nuestro colaborador Ricardo A. Latcham sobre la obra del escritor Alberto Edwards, de cuyo sensible fallecimiento dimos ya cuenta en ATENEA. Latcham ha rastreado la obra del que se llamó a sí mismo «*El último pelucón*», con penetrante espíritu crítico y podemos anticipar que este trabajo será una de las buenas contribuciones al estudio de la interesante personalidad de Alberto Edwards.—M.